

UN COLAPSO DE LA COEXISTENCIA

TODAVIA es pronto para analizar el voluminoso documento recién publicado que contiene los presupuestos generales de la U. R. S. S., pero hay ya unas primeras impresiones que indican que se trata de llegar a un compromiso aceptable entre el incremento de bienes de consumo y la atención primordial a la industria pesada. Tradicionalmente se supone que la industria pesada corresponde a un país de predominio militar y los bienes de consumo a una sociedad civil: se expresa por la famosa opción histórica entre «cañones o mantequilla», más académicamente conocida en los años treinta de la Alemania nazi como «Wehrwirtschaft» o «economía de guerra». Está claro que el mayor esfuerzo en favor de la industria pesada en detrimento de los bienes de consumo corresponde a épocas en que un país se siente amenazado por la posibilidad de una guerra exterior y que su éxito o su fracaso depende de cómo el pueblo comparta esta preocupación de sus gobernantes.

EN los Estados Unidos, la distracción de fondos públicos para la eterna guerra de Asia en detrimento de las zonas menos favorecidas del país —sobre las minorías negras, mejicanas, portorriqueñas, etcétera; el retraso en los programas de viviendas y seguridad social; el peso de la leva en los sectores universitarios; la inflación; el crecimiento de impuestos sobre las clases medias— ha provocado la agitación que se conoce, transformada después en elementos intelectuales de oposición —la «nueva izquierda», la «contracultura», etcétera—, hasta agitar profundamente la bien establecida noción de democracia. En el campo socialista, los movimientos de Checoslovaquia y ahora de Polonia son típicas protestas contra la «sociedad de industria pesada», que ha podido producir un empobrecimiento colectivo y ciertas ideologías, como las producidas por Dubcek y su extenso grupo, constituyen el revestimiento doctrinal y político de toda la situación general. Porque todo es correlativo. Un país dedicado al esfuerzo máximo de la industria pesada requiere una forma de sacrificio de sus ciudadanos: reducción del descanso —o del «ocio», disciplina laboral máxima, renuncia a ciertos elementos de comodidad. Como no se confía en la voluntad individual para realizar ese esfuerzo, se crean unos mecanismos de ordenación: policía política, censuras de información, triunfalismo de comunicados, literatura dirigista, vigilancia de las costumbres...

TODOS estos mecanismos son, finalmente, una nueva losa que apesadumbra al ciudadano dedicado ya a la producción. Lo que es interesante es que cuando el pueblo realmente comparte en su mayoría esa línea dura de sus gobernantes, acepta las restricciones; cuando no las comparte, los mecanismos de represión no son suficientes para contenerle y, tarde o temprano, las ataca. Se le revela toda su crueldad innecesaria. El pueblo de los Estados Unidos aceptó la tensión general de la guerra fría, a pesar de todas las miserias de la «caza de brujas» del senador McCarthy, y no acepta la guerra de la península Indochina; el pueblo soviético, hasta la misma época, soportó las crueldades del régimen staliniano, pero no las admite tan fácilmente a partir del XX Congreso y de la popularización de la coexistencia. Es natural, en estas circunstancias, que mientras se mantiene la hostilidad —con altibajos— entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, cada uno de ellos trate de obligar al otro a mantener al máximo una economía de guerra con objeto de fomentar el malestar interior.

PERO todo tiene sus límites. Si el «equilibrio del terror» se entiende como una limitación en hacer la guerra por la seguridad de que el adversario es capaz de destruir prácticamente el país propio, de modo que el supuesto vencedor salga tan mal parado de la contienda como el supuesto vencido, hay también —o se intenta que haya— unos límites en la industria de guerra que no produzcan la ruina del país y la situación revolucionaria de sus ciudadanos. Las llamadas «Conversaciones Salt» (S. A. L. T., Strategic Arms Limitation Talks, o conversaciones para la limitación de armas estratégicas) tienen, sobre todo, ese objetivo: no se trata de hacer disminuir ni mucho menos desaparecer las armas nucleares en beneficio de la humanidad, sino de que los dos países conferenciados puedan fijar un techo en sus gastos, de la misma forma en que dos empresas rivales pueden llegar a un acuerdo para reducir sus gastos de concurrencia (publicidad, rebajas, regalos) que

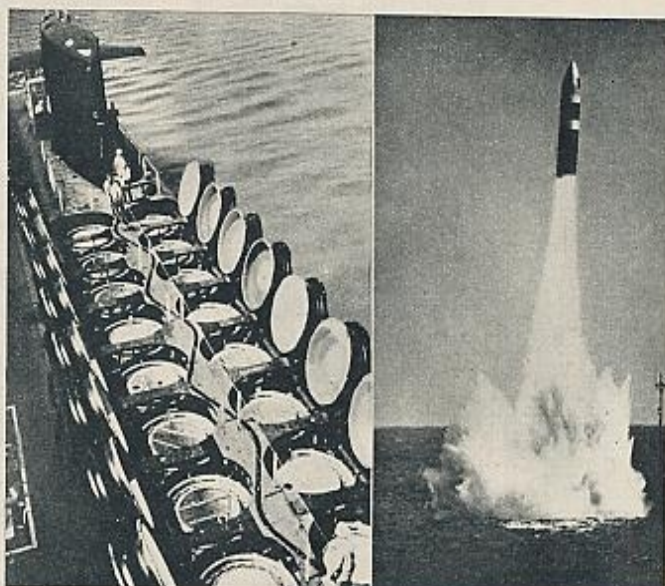
puedan reducir sus beneficios o situarlas en pérdidas. Ciertos acuerdos parciales, como el Tratado de Desnuclearización de Fondos Marinos, que se firmó el 12 de febrero en unas ceremonias simultáneas —más espectaculares que lo que en realidad significaban—, son elementos menores; el mismo Nixon no ha vacilado en calificar este paso de «modesto». Tiende, sobre todo, como las anteriores prohibiciones, a limitar la nuclearización de otros países —con escaso resultado, puesto que Francia y China no se consideran incluidas en los acuerdos y siguen ensayando sus bombas atómicas—, pero apenas inciden en los temas de rearme de las dos grandes potencias.

EN los dos países hay importantísimos elementos de poder que no quieren ceder. Funciona al máximo en los Estados Unidos el complejo militar-industrial que atacó con famosas palabras y sin ningún resultado el Presidente Eisenhower, y unos elementos parecidos trabajan en el Kremlin, con las consiguientes diferencias propias del sistema capitalista y del sistema socialista, pero con resultados muy parecidos. En la U. R. S. S., el enfrentamiento de los dos sistemas se inició tímidamente a partir de la toma de poder por Krutchev, y se hizo más explícito tras su caída. Kossiguin anunció al Soviet Supremo en marzo de 1965 una «aceleración de bienes de consumo»; en mayo del mismo año, Podgorny dio por terminada la etapa en la «que el pueblo soviético aceptaba conscientemente ciertas restricciones materiales que proporcionarían el desarrollo prioritario de la industria pesada para reforzar la capacidad defensiva del país»; poco después aparecían ciertas nociones de beneficio, en las industrias se difundía el Plan Libermann y, en consecuencia, se aliviaban ciertas medidas de restricción política. Desde entonces, los dos conceptos políticos —y conceptos generales, también, de la vida— no han cesado de combatirse, con el inquietante resultado de determinar medidas ambiguas y de compromiso, como las que vio el XXIII Congreso —marzo de 1966— y como las que ahora preceden al ya inmediato XXIV Congreso del partido. En aquél, las circunstancias de la guerra del Vietnam y el continuo riesgo de extensión del conflicto eran el tema justificativo de un retroceso en la política de liberalización. En éste ha de serlo la extensión de la guerra en Indochina tras el asalto a Laos y la advertencia china a Estados Unidos de que no tolerará que la guerra se acerque a sus fronteras, y también los temas generales del «enfriamiento» de relaciones entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, centrados ahora, además de en Indochina, en el difícil desarrollo de la cuestión de Oriente Medio y en el enquistamiento del problema de Berlín, que mantiene congelada la conferencia de seguridad europea.

Si estos temas, mas el continuo esfuerzo armamentista de los Estados Unidos bajo el conservadurismo de Nixon, abonan la tesis de los «duros», los otros sostienen que no hay que subestimar o des-

El tratado de desnuclearización de fondos marinos, firmado el día 12 en ceremonias simultáneas, es en realidad un paso modesto en el camino de la coexistencia.

En la fotografía, un submarino mostrando los tubos de lanzamiento de cohetes y uno de ellos, Poseidon, emergiendo de las aguas.



deñar signos tan graves como los de Checoslovaquia y Polonia, que en cualquier momento pueden producirse dentro del territorio de la Unión Soviética. En Polonia había esta misma semana nuevos disturbios —concretamente en la ciudad de Lodz—, a pesar de las duras represiones que fueron el último acto de gobierno de Gomulka y de los nuevos planes económicos —que no han tenido tiempo aún de ser más que promesas— de Gierak. No hay signos por ahora de que la tensión obrera en la U. R. S. S. sea de este tipo —aunque los haya, desde hace tiempo, intelectuales—, pero precisamente esas situaciones se caracterizan por su falta de signos precursoras o por la ceguera para verlos. Esto se ha tenido en cuenta para dar lo que parece un impulso a la producción de bienes de consumo en el nuevo presupuesto, pero se desprende, en general, la idea —hasta, repito, mayores y más concretos análisis— de que la prioridad sigue dándose a la industria pesada y, por consiguiente, al armamento.

ESTAMOS en el círculo vicioso de siempre. Esas cifras se aducen en los Estados Unidos, por parte del complejo militar-industrial, como un estímulo para que ellos mismos no salgan de la carrera de las armas y no casen en ella pese a la compleja situación económica del país. Trabajan estos elementos sobre tres informaciones concretas procedentes del espionaje: la U. R. S. S., según una de estas informaciones, ha duplicado el efecto de los cohetes intercontinentales de cabeza múltiple, de los que tiene unos trescientos. Estos proyectiles llevaban tres cabezas nucleares independientes, capaces de atacar cada una de ellas un objetivo independiente una vez transportadas por el cohete sobre el territorio de Estados Unidos, y ahora van a llevar seis cabezas nucleares. Otra información dice que, desde hace unos meses, los soviéticos disponen de un arma no nuclear capaz de destruir en el espacio los satélites de espionaje de Estados Unidos; al no ser nuclear, su acto de destrucción no se puede detectar y, en el caso de que la pusieran en acción, los Estados Unidos podrían simplemente advertir la desaparición de algunos de sus satélites, pero sin poderlo atribuir a una acción del enemigo. La tercera información se refiere a la construcción de un avión soviético del tipo «Foxbat», dedicado a interceptar y derribar aviones espías, del tipo del famoso U-2 (aun los actuales descendientes de aquel aparato, infinitamente más perfeccionado). El panorama que estas tres informaciones permiten dibujar a los especialistas del Pentágono es éste: la U. R. S. S. puede, en un momento dado, borrar del espacio todos los medios de observación militar de los Estados Unidos y utilizar ese tiempo «en blanco» para producir un ataque repentino de gran envergadura con sus nuevos cohetes de seis cabezas. Esta idea —difundida principalmente por el «columnista» Stewart Alsop, tan próximo al Pentágono, tan «duro»— tiende, naturalmente, a cimentar las pretensiones de la industria militar de no reducir en lo más mínimo el esfuerzo de rearme. Sus adversarios llegan a decir que los informes están falseados o exagerados para forzar al Presidente y al Congreso para que aumenten los gastos de defensa. Y para contener algunos progresos de las conversaciones S. A. L. T. Se interrumpieron éstas en diciembre pasado, en la ciudad de Helsinki, con una propuesta soviética para que los dos países redujeran de común acuerdo el sistema A. B. M. (Anti-Ballistic Missiles o proyectiles de defensa antibalística), que en la U. R. S. S. se limitaría a la protección de Moscú y en los Estados Unidos a la de Washington. Estados Unidos debía dar una respuesta en la conferencia que se reanuda el 15 de marzo en Viena. Desde que se formuló la propuesta, la administración de Washington está sometida, por una parte, a la presión de los interesados en que se fabrique este costosísimo sistema, para que la rechace; por otra, para que la acepte y elimine la enorme carga presupuestaria que supondría su construcción. La difusión de estas nuevas informaciones trata de forzar la negativa. Si son ciertas, la U. R. S. S. anularía su A. B. M. porque no lo necesita y porque tiene un sistema superior de defensa —el de cegar los ojos sensibles del espionaje científico para modificar el emplazamiento de sus misiles y dispararlos con un tiempo de ventaja—, y, en ese caso, los Estados Unidos lo necesitarían más que nunca. Pueden, efectivamente, no ser ciertas. Pero, ¿y si lo fueran? Es simplemente la supervivencia de los Estados Unidos lo que estaría en juego...

HAY también la sospecha de que es la U. R. S. S. la que desea interrumpir las conversaciones S. A. L. T. —interrumpir quiere decir aplazar para otra fecha—, como una respuesta política a la falta de ductilidad de los Estados Unidos en los asuntos que les separan —Berlín, Indochina, Oriente Medio— y para poder realizar de este modo un XXIV Congreso «duro», que haga recuperar una cierta fe a los que creen, en el interior y en el exterior, que la U. R. S. S. ha perdido la iniciativa en el campo de la política internacional y que se está dejando ganar terreno en todas partes.

EN resumen, las perspectivas no son ahora muy buenas. La coexistencia sufre un colapso, quizá temporal. Si se alarga, podemos entrar de nuevo en el ciclo más crudo de la guerra fría. No parece, sin embargo, que sea algo más que un colapso temporal. Ciertos movimientos, ciertas aperturas parecen importantes, y las opiniones públicas, sobre todo, no están ahora en la tensión necesaria para regresar a los años negros.

LA SEMANA PROXIMA UN NUEVO EXTRA DE triumfo MITOS DEL SIGLO XX

EL EXITO ■ LAS MASAS ■ LA JUVENILIDAD ■ LA IMAGEN ■ LA AVENTURA ■ EL DEPORTE ■ EL EROTISMO ■ EL NUEVO HUMANISMO
Y HUMOR ESPECIAL DE CHUMY-CHUMEZ, SEMPE, FEIFFER, OPS...